

**18**

**La traditio educandi de  
la Compañía de Jesús en México  
Mtro. Jesús Cacho Vázquez, S. J.**

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA AC

Dr. Carlos Escandón D.

*Rector*

Arq. Guillermo Casas Pérez

*Director General de Servicios Educativo-Universitario*

Dr. Juan Bazdresch Parada

*Director del Centro de Integración Universitaria*

Arq. Gerardo Anaya D.

*Responsable de la edición.*

## INTRODUCCIÓN

Difícilmente podríamos dilucidar mejor la vocación educativa de la Compañía de Jesús que leyendo el texto de Bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum* con la que Pío VII restauró la extinta Compañía en agosto de 1814. El contexto para la comprensión del texto puede ser recuperado de la siguiente manera: Todo había terminado a partir de la cédula real de extinción en 1767. Los desenfrenos de las cortes absolutísticas contrastaron dramáticamente en las décadas de los sesentas, setentas y ochentas del XVIII con la penuria y la marginación de los ex-jesuitas condenados por el mismo Papa a desaparecer. Fueron muriendo en la extrema pobreza, en circunstancias apenas imaginables, como el propio General Lorenzo Ricci en la prisión papal de Castel Sant'Angello. Los jesuitas de ultramar, los pertenecientes a los imperios español, portugués y francés, llevados a Europa, sufrieron, además de la ilegalidad y la pobreza de sus hermanos europeos, el destierro perpetuo. La última década del siglo se inauguró con los gritos entre furiosos y alborozados del pueblo francés que pedía pan, con el seguimiento tumultuario de líderes que propugnaban un nuevo estado de cosas a partir de los derechos humanos a la libertad y a la igualdad. Nadie pudo contener ni en Francia ni en ningún otro país la ola revolucionaria. Cruzó el océano y provocó la Independencia de los virreinos del Imperio Español. La guerra devastó a toda Europa por veinte años seguidos. Roma fue saqueada en 1799 con la misma brutalidad que lo había sido por los lansquenets luteranos en 1527. Tantas masacres, destrozos y temores por el futuro hicieron llegar a la Santa Sede insistentes ruegos a favor de la restitución de los calumniados y condenados jesuitas. Nobleza y burguesía, calladas cincuenta años atrás ante los monarcas todopoderosos, ahora suplicaban el regreso de los viejos educadores de Europa y sus dominios. El nuevo Papa, ante un mundo en reconstrucción, apenas diez meses antes de Waterloo, reunió a un pequeño grupo de viejos sobrevivientes en el Gesù romano, junto a las reliquias de la casa de san Ignacio de Loyola, y les comunicó su decisión de restaurar la Compañía de Jesús. Entre los motivos se dice: "y para que se ocupe de la instrucción intelectual y moral de la juventud".

Ahora, 180 años después, nos podemos preguntar: ¿los católicos de principios del XIX hubieran pedido la restitución de la Compañía por otro motivo ajeno a la educación? No siendo este el lugar para dilucidar históricamente otros posibles motivos de volver la vida a la Compañía, sí lo es para decir algo sobre la *traditio viva* de la educación jesuítica, sorprendentemente conservada en las conciencias de muchos aun después de medio siglo de la desaparición de los Colegios.

### **TRADITIO VIVA EDUCANDI**

Todos sabemos que la Providencia de Dios dispuso que San Ignacio aceptara destinar a algunos de sus mejores hombres al ministerio de la educación en los colegios y universidades, a pocos años de la aprobación del instituto de la Compañía en 1540. Así, encontramos en el colegio de Messina para 1548 a Jerónimo Nadal, mallorquín, el hombre de las confianzas de Ignacio a quien encargaría la promulgación de las Constituciones por las comunidades europeas, a Pedro Canisio, joven estudiante holandés, futuro teólogo polemista en el Imperio Germánico, declarado por la Sede Apostólica Santo y Doctor de la Iglesia universal, a Andrés de Freux, extraordinario latinista francés escogido para elaborar la versión oficial del texto de los *Ejercicios Espirituales*. La multiplicación asombrosa de los colegios, pedidos por los señores y los crecientes grupos de burgueses, no sólo fue cuantitativa (35 para 1556, año de la muerte del fundador de la Compañía de Jesús) sino cualitativa: Los educadores jesuitas investigaban y expresaban sus objetivos a la vez que elaboraban programas y métodos, que en lenguaje renacentista llamaban *De ordine et ratione studiorum*. Cuando en 1586 se tuvo la primera redacción de la *ratio atque institutio studiorum* para todos los colegios de la Compañía, fruto de

investigaciones, experiencias pedagógicas y deliberaciones por parte de gentes destacadas en este ministerio, ya se atendían 162 colegios, algunos de ellos en la Nueva España (San Pedro y San Pablo, San Ildefonso, en la ciudad de México; el Espíritu Santo, en Puebla, para españoles; en Oaxaca, Pátzcuaro y Guadalajara, para indios). Después de cincuenta años de búsquedas, ajustes y experiencias en torno a objetivos humanistas la Compañía logró su código definitivo en la educación, la *ratio* de 1599, puesta en ejecución por el superior a quien los jesuitas deben buena parte de sus reglamentos: el P. Claudio Acquaviva, quinto General de la Orden. A la muerte de éste en la segunda década del XVII sumaban 300 los colegios y eran atendidos por diez mil jesuitas. La traditio viva educandi, el cultivar y formar personas en instituciones escolares, ya era una poderosa realidad consciente de sí apreciada en las naciones católicas, temida y envidiada en las protestantes, por los años en que la terrible guerra de los treinta años (1610-1640) destruía para siempre el milenarismo Imperio Germánico en centroeuropa, eje de la cristiandad escindida.

Y ¿qué valores conformaban esa tradición educativa?, ¿qué métodos y prácticas pedagógicas usaba Para alcanzar sus fines?

En el horizonte renacentista en que nació la Compañía de Jesús y su quehacer educativo y en el proceso contrarreformista tridentino en que se desarrolló y logró su código o *ratio studiorum* a fines del XVI, no se dio el cuestionamiento antropológico ni sobre el ser del hombre ni su destino, así como tampoco sobre el sentido y el valor de su quehacer intramundano. Estas recias preguntas, que empezarán a plantearse a fines del XVIII con Kant y se harán angustiosas en las filosofías del XIX y XX, connotan ambientes secularistas y pluralistas. Las violentas y sangrientas polémicas del XVI que dividieron naciones y causaron "guerras de religión" tuvieron más intereses políticos en su haber que no ideológicos, fueron las décadas decisivas en la consolidación de los nacionalismos. El *homo christianus, religiosus*, como típico y único posible, quedará intocado hasta el auge de la Ilustración. Los educadores jesuitas lo tomaron así, pero se cuestionaron los cómo pedagógicos Para formar sólidamente a ese cristiano. La *Ratio studiorum* nos habla de programas, de métodos de enseñanza/ aprendizaje, de orden y disciplina. Haciéndose eco de su época, pone marcado acento en la *formatio humanística* renacentista por el aprendizaje y dominio de las lenguas clásicas y sus autores, por la *ars dicendi* de la retórica y su uso generalizado en las profesiones de entonces tanto civiles como eclesiásticas.

Esto no significa que debamos minimizar los supuestos socioculturales que nos expliquen esa firmeza incambiante de las verdades y valores que afirmaron y vivieron los educadores, misma que transmitieron a sus educandos. Más aún, creo que es de máxima importancia conocer las razones históricas de ese modo de proceder, a riesgo de caer en juicios y polémicas estériles como las que usualmente organiza nuestra razón dialéctica situándolo todo fuera de sus propios contextos y otorgando críticamente loas y condenas a gentes y épocas del pasado, al gusto y prevalencia de verdades y valores de hoy.

El siglo XVI transcurrió con la vigencia del planteamiento metafísico en todos los campos, con Aristóteles como "el filósofo", con las verdades ontológicas de índole universal valedera en todo lugar y tiempo, para los hombres de toda raza y condición. La fe cristiana, envasada en esencias metafísicas por los grandes doctores medievales, reunida al código jurídico asimismo ontologizante de la cristiandad, constituía la única verdad y el incuestionable conjunto de valores para todas las gentes. Con esa mentalidad los europeos conquistaron y aculturaron los continentes americano y africano del Sur, con esa mentalidad se enfrentaron a las milenarias culturas asiáticas. La especulación lógica y el sistema de autoridades constituían los caminos que llevaban a las verdades y valores. Los accesos

diversos de las ciencias de la naturaleza a verdades y valores de índole natural se inaugurarán a lo largo del XVII y su vigencia se manifestará socialmente hasta el XIX. Así, tan cierto que la metafísica, una vez en posesión de sus verdades, sólo puede cambiar si se demuestra que son otras las esencias y sus consiguientes definiciones, como cierto que el horizonte sociocultural que sustenta está fincado en verdades y valores intocables. El arte, de la época, en todas sus manifestaciones, nos brinda los perfiles de este mundo humano tan firme y recio, tan gozoso celebrador de la verdad, como severo en sus conformaciones sociales de corte piramidal irreformables. Esta sociedad, fundada en la certeza metafísica de sus supuestos, no pudo menos que revolverse contra quienes cuestionaban esos supuestos, llamarlos herejes y victimarlos. En esta sociedad, en fin, cuando las dinastías vigentes tomaron los planteamientos metafísicos en su provecho, entonces se llegó al absolutismo monárquico y al despotismo vergonzoso que otorgaba todos los derechos a su propia verdad y se los negaba a las gentes.

La innovación jesuítica estuvo en realidad en el campo de la metodología. Con puntualidad admirable se trataba de que maestro y alumnos avanzaran por un programa perfectamente trabado con metas precisas hacia objetivos de aprendizaje verificable públicamente. Certámenes, actos públicos, premiaciones honoríficas y castigos estimulaban continuamente a los alumnos. La atención personal prolongada durante el año por el maestro a los alumnos de su grado conseguía una relación cercana, polifacética, intensa, con influencias mutuas y resultados fecundos. Avanzar en el aprendizaje por vía de ejercitarse personalmente (repitiendo, aplicando, analizando, recreando, evaluando lo aprendido, preleyendo la lección futura) constituía el hilo conductor a lo largo de los cursos inferiores de gramática, los superiores de poética y retórica, así como los profesionales de Artes y Teología. Este afán de ejercitar en la enseñanza para lograr la máxima participación de los jóvenes y la contundente verificación de su aprendizaje, provenía del *modus parisiensis*, aprendido en la Universidad por Ignacio y sus primeros compañeros, incluido Jerónimo Nadal, en la década de los treinta del XVI. La pedagogía espiritual del mismo Ignacio en sus *Ejercicios Espirituales* influyó también en esta preferencia que contará ya como característica en la *traditio educandi* de la Compañía de Jesús. Ejercitar la memoria, la sensibilidad, la imaginación, la inteligencia, la razón, la voluntad, ejercicios de la conciencia que van formando a niños y jóvenes para discernir, juzgar y vivir su fe cristiana en la difícil convivencia social cuando, salidos del Colegio, tengan que hacer uso de su libertad a lo largo de sus vidas. En la historia de la educación son famosos los concursos públicos de los Colegios de la Compañía y la premiación de los triunfadores con el honor de exhibir ante propios y extraños sus composiciones.

Corona la tradición viva de educar al estilo jesuítico el atender a todo el hombre, a su alma y a su cuerpo, conforme a la antropología aristotélica vigente, al estudio, a la piedad y al ejercicio físico. Las Congregaciones Marianas, nacidas en el ambiente del Colegio Romano, fueron instituidas en todos los Colegios del mundo. Por ellas se encauzaba a los alumnos a la vida de oración y devoción, al servicio de los pobres y carcelarios, de esclavos y enfermos.

No podríamos cerrar esta breve descripción de la *traditio educandi* sin añadir que los educadores jesuitas, que siempre fueron mayoría en los colegios no demasiado abarrotados de alumnos, fieles al espíritu ignaciano ejercitaron con celo su ministerio. El *magis* de las *Constituciones* y de los *Ejercicios*, puesto al servicio de la enseñanza y la formación de los jóvenes, rindió tan buenos frutos que nunca pasó inadvertida la presencia del Colegio de la Compañía en la población donde brindó su servicio.

## LA TRADICIÓN VIVA EN NUEVA ESPAÑA

El Archivo General de la Nación conserva un valioso documento para el estudio de la pedagogía de los jesuitas en sus colegios. La tradición sumaba ya ciento setenta años en el Colegio de San Pedro y San Pablo, de la ciudad de México. El maestro de *retórica* era un talentoso joven veracruzano, exalumno del Colegio del Espíritu Santo en la Puebla de los Ángeles, inquieto por conocer la nueva *filosofía natural* y especialmente aficionado a la historia de su patria novohispana, por lo que ya desde su llegada a San Pedro y San Pablo a estudiar Artes ocupaba todos sus ratos libres en urgar y descifrar la magnífica colección de códices antiguos que cincuenta años antes había regalado a la biblioteca del Colegio el sabio D. Carlos de Sigüenza y Góngora. El documento nos conserva de puño y letra de su autor, Francisco Xavier Clavigero, el ejercicio de poética que preparó para el certamen navideño de sus alumnos. El gusto barroco de esos años aparece en el ingenio agudo, en la búsqueda de contrastes, en la exquisitez de las formas, en los coloridos diversos, pero –sobre todo– en el sentido de proporción de las partes que remata en la integración de un conjunto hermoso y equilibrado. No era fácil resolver siquiera el certamen, menos lograr resolverlo con elegancia. No han llegado hasta nosotros los trabajos de los jóvenes alumnos, pero sí podemos degustar todos los elementos de la *traditio viva* jesuítica, expresados por un maestro de apenas 21 años, formado en la misma tradición, que no nos dejará dudas sobre la trascendencia social de los buenos ex-alumnos de la Compañía en sus trabajos y decisiones como ciudadanos relevantes del Virreinato. La maestría literaria del joven Clavigero, que se convertiría en clásica con el correr de los años, nos trae a la memoria que en esos mismos días del certamen en San Pedro y San Pablo el arquitecto Lorenzo Rodríguez, a unas calles de distancia, vigilaba la construcción del Sagrario de la Catedral de tanto gusto, talento y hondura como serán las obras del P. Clavigero.

El texto nos habla en los siguientes términos:

### **CERTAMEN POÉTICO PARA LA NOCHE DE NAVIDAD DEL AÑO 1753, PRESENTANDO AL NIÑO JESÚS BAJO LA ALEGORÍA DEL PAN.**

#### **CERTAMEN PRIMERO**

El pan que se ofrece a la humana naturaleza en el nacimiento temporal del divino Verbo, es alimento de racionales: que por eso le llama el *Eclesiástico* "Pan de entendimiento", *Panis vitae it intellectus*, ni podía ser otra cosa siendo la misma Sabiduría. Pues, ¿cómo destinándose este Pan para sustento de racionales se deja ver en el pesebre, que es mesa propia de brutos? Responderá a la dificultad un agudo epigrama.

Para conocer a qué dueño pertenece cualquier pan, se le imprime alguna peculiar marca o sello. Y así el divino Verbo se hizo Pan para alimento de los hombres, necesita también que se le ponga algún sello o distintivo. Discurrirán las jesuanas musas en un romance ¿cuál haya de ser éste, si el de Jesús, el de María o el de Joseph?

Luego que el inhumano tetrarca Herodes tuvo noticia del convite que preparaba Dios a los hombres en Bethlén, pretendió, Como rabioso y osado mastín y tan enemigo del linaje humano, arrebatar y hacer harina el Pan del cielo, porque no le gustasen los hombres; pero la divina Providencia burló sus intentos trasladando a Egipto el Convite. Porque no se dé del todo burlado, le darán nuestros sabios poetas una buena torta.

## CERTAMEN SEGUNDO

Es María santísima la purísima Arteza en que se amasó el Pan del cielo con la limpísima y virginal sangre de su corazón y, justamente, el horno en que se coció, como lo afirma Richardo a S. Laur (Lib. I, de *Laud. B. Mariae*, cap. 4). Justo es que este sabio coro muestre su agradecimiento a la celestial Reina, por el beneficio que por su medio recibimos glosando en décimas esta copla:

La Arteza y Horno es María,  
Jesús, es el Pan del cielo,  
y el agua la sangre pura,  
y el divino amor el fuego.

Si Joseph, virrey de Egipto, fue llamado casi padre de Pharaón, *Fecit me Dens quasi patrem Pharaonis*, por haberle prevenido alimentos y, justamente, salvador del mundo por haberlos repartido a todas las naciones; con razón el otro Joseph es llamado padre de Jesús, pues le dio el sustento de la vida temporal; y se debe llamar Salvador del mundo por haberle dispensado el Pan del cielo. Decidirán nuestras sabias musas en un soneto esta duda, ¿qué cedió en mayor gloria de este Santo Patriarcha el dar a Jesús el pan del mundo o el dar al mundo el Pan del cielo?

Dios, en cuyos ojos la grandeza es pequeña y la pequeñez es grande, llamó al Convite que celebró en Bethlén en primer lugar a sus humildes y pobres pastores, siguiendo en esto el rumbo contrario al mundo. Celébrase la dicha de estos buenos hombres en ser los primeros convidados a esta mesa, en el metro que más agradare.

## CERTAMEN TERCERO

Los tres Santos Reyes, aunque no fueron de los primeros que llamó Dios a su Convite pero en su partida se mostraron muchos más finos que los pastores, así porque hubieran menester menos alimentos aún teniendo menos luces del Convite; como también porque vencieron mayores dificultades y anduvieron más largos caminos. Merece su diligencia ser alabada en metro correspondiente a la soberanía de tales personajes.

Viendo al inhumano Herodes que no le era concedido destrozar el Pan del cielo, cebó su rabia en los tiernos niños que había en aquella comarca, cuya edad no pasaba de dos años, fabricando de esta manera pan a su crueldad. Enjuguen nuestras religiosas musas las lágrimas a las madres destos niños dándoles en una dulce elegía el consuelo de que sus hijos fueron las primicias de aquel trigo que la divina Providencia ha destinado a los graneros del cielo.

Francisco Javier Clavigero<sup>(1)</sup>

---

<sup>(1)</sup> Biblioteca Nacional de México, Sección de manuscritos, Ms. No. 1600, hs. 119-120.

## ***MÉXICO INDEPENDIENTE EN NUEVOS HORIZONTES NACIONALES E INTERNACIONALES.***

Ciento tres años quedaron cerrados los Colegios de la Compañía entre nosotros. La pujante y numerosa Provincia jesuítica de Nueva España con cerca de 700 miembros, desde su regreso a la Patria, en 1816, en la persona de tres ancianos, nunca pudo prosperar ante el acoso del partido liberal jacobino que promovía la declaración de ilegalidad en contra de los jesuitas, quienes en los cincuenta años siguientes nunca pasaron de diez. Con la llegada de un magnífico refuerzo de europeos se abrió en 1870 una modesta escuela en Puebla, que no cesará más sus labores educativas, a pesar de ser despojada y perseguida durante el caudillismo revolucionario en los dieces, veintes y treintas de nuestro siglo. Saltillo, San Luis Potosí, Guadalajara, México fueron sede de Colegios abiertos durante la dictadura porfirista.

Un siglo de ausencia y hondos cambios culturales no extinguieron la tradición educativa de la Compañía, pues se trataba de un espíritu, del Espíritu mismo de Jesús resucitado que se mantenía vivo a pesar de todos los avatares humanos. Por los años en que los jesuitas, amenazados continuamente de expulsión, sin posibilidades económicas, reiniciaban su ministerio educativo, se fortalecía en México el Positivismo, ese nuevo planteamiento científico que venía a suplir el viejo fundamento metafísico, y que pretendía precisamente cimentar la nueva sociedad incipientemente urbana a industrial. Las certezas, los valores, los métodos deberían buscarse ahora en la ciencia empírica, verificable, pragmática, necesaria en la transformación de la naturaleza y en el progreso consecuente. Los conocimientos y profesiones se habían dividido en especialidades, la capacitación tecnológica reclamaba derechos profesionales. Lo que el hombre pensaba que era, ya no era ni único ni común, ni absoluto sino hipotético. Se iniciaba entre los intelectuales mexicanos el pluralismo con el sello secularista, por lo general, bajo un influjo total del pensamiento europeo. Las corrientes del laicismo francés, del psicologismo vienés, del sociologismo spenceriano, del vitalismo de Bergson, del existencialismo y del historicismo alemán marca los hitos de nuestros pensadores y de nuestra Universidad Nacional desde fines del XIX hasta mediados del XX. Sus huellas son localizables, asimismo, en la Constitución del 17, en los planes educativos de la SEP. Los influjos políticos del fascismo italiano de Mussolini también se hicieron sentir en la década de los veintes; el socialismo de la URSS en los treintas.

El hiato entre la *Ratio Studiorum*, reeditada y actualizada con apertura a la enseñanza de las ciencias por el P. Roothan en 1832, y el mundo moderno se hacía mayor con el paso del tiempo. El mundo moderno invoca la razón humana como su fundamento crítico, su última instancia, su camino a seguir. Más se trataba de un racionalismo que no de lo racional, más de rechazar la apertura a la trascendencia que de mutilar las restantes capacidades humanas sensitivas y volitivas. El secularismo ampliaba su espectro y persuadía al hombre, más que a negar formalmente a Dios, a no tomarlo en cuenta para sus planes y decisiones intramundanas: "La historia es lo nuestro", "compartirla con Dios es cobardía, más aún, indignidad". Por su parte, la vocación y la Misión educativas de la Compañía se empeñaron en sostener, a toda prueba, la integración, en la Misma persona educanda, de la razón y de la fe, el diálogo entre ciencias y filosofía, entre tradición y modernidad. Durante el sesquiséculo de la desontologización de la cultura de occidente, del crecimiento agresivo del cientismo y posteriormente, del tecnologismo y del funcionalismo, siempre hubo jesuitas relevantes que guiaron y enriquecieron con nuevos planteamientos la secular tradición educativa. Algunos nombres entre los mexicanos de los últimos cincuenta años: Alfredo Méndez Medina, José Sánchez Villaseñor, Jaime Castiello, Ramón

Martínez Silva, Eduardo Iglesias, Julio Vértiz, Daniel Olmedo, Carlos Hernández Prieto, Héctor González Uribe, Miguel Villoro, Xavier Gómez Robledo.

Las antropologías, ideologías políticas y económicas, en el torbellino de la cultura de la producción y consumo de nuestro siglo, han reforzado la importancia de las capacidades humanas del hacer, del tener, del saber, a costa del ser mismo del hombre, de su crecimiento conciente y libre que discierne, evalúa, opta y decide por sí mismo, se nutre no sólo de satisfacciones materiales sino de los bienes del orden social justo y libertario, así como de los bienes del espíritu o valores, sobre todo del amor a Dios y a los semejantes, del trato profundo, del diálogo y del encuentro interpersonal. Ocupado, distraído, alienado el hombre de nuestro tiempo vive extrovertido en la producción material, frecuentemente masificado en las grandes urbes, poco conciente de su dignidad y de ser personalmente amado por Jesucristo. Por otra parte, los biologicismos y materialismos científicistas más agresivos se morigeraron en sus postulados y en sus pretensiones de fundamentar la cultura ante los trágicos baños de sangre de las dos guerras mundiales. El surgimiento y desarrollo de las ciencias históricas ha vuelto imposible sostener planteamientos ideológicos absolutizantes: toda ciencia seria, crítica, ostentará sólo verdades históricas, más perennes unas que otras, pero todas sujetas a ser replanteadas ante los avances de la investigación y las nuevas circunstancias emergentes. Las ciencias históricas y las sociales, a lo largo del siglo XX, han ido ahondando la descripción del mundo del hombre como horizontes de comprensiones y de valores en deslizamiento, constituidos por significados inteligibles, mediados por signos de diversa índole que se ofrecen a la experiencia sensorial de la conciencia humana para ser descodificados y revelar sucesivamente su significado. Horizontes culturales y sociales, fruto de los procesos acumulativos y cambiantes de la historia milenaria, a los que vamos entrando con mayor o menor penetración, dependiendo de los guías o maestros que hayamos tenido, horizontes amplios que nos posibilitan enriquecer con la sabiduría, las habilidades, los valores ahí contenidos, a la vez que nos condicionan con sus acentos y preferencias presentes. Será la educación la que nos sumerja en el mundo humano real; sociocultural, mediado por el significado, a través de guías expertos, conocedores de los signos, despertando nuestra conciencia psicológica y moral, para ir dejándonos solos en medio de ese inacabable y dramático mundo de la convivencia humana social y cultural a merced de nuestra libertad y de nuestra capacidad de amar o de odiar.

Nuestro México, a lo largo del presente siglo, ha sido lugar de grandes revoluciones, tanto sucesivas como simultáneas. A la revolución militar suscitada por el vacío de poder en 1911, que se prolongó hasta fines de los veinte, sigue la revolución política del partidismo-presidencialismo orientada hacia el progreso social, pero con significativas involuciones de caciquismo y corrupciones, de demagogia y populismo. Hacia fines de los treinta y favorecida por la segunda guerra mundial se inicia la revolución industrial; el crecimiento incesante del PIB, de la infraestructura de caminos. Junto con la revolución económica, donde el socio pobre es el campesino, y que registra un PIB estimado en 1990 como cien veces mayor al de 1900, va aconteciendo una impresionante revolución demográfica que se hace sentir más en el crecimiento tumultuario de nuestras ciudades (sobre todo de la región metropolitana de la capital como claro indicio del centralismo vigente), en la corriente migratoria hacia los Estados Unidos y en la falta de bienes y servicios para los marginados. Este crecimiento fenomenal de nuestra población (de 10 millones en 1900 a 90 millones en 1991) ha acontecido en formas irregulares y, en muchos casos, inhumanas, i.e. en medio de un grave problema de desintegración conyugal, de abandono de la mujer, de poligamia, de amor libre, que resulta en el fenómeno tan común entre nosotros de las "madres solteras". Podemos apuntar una última revolución mexicana en la participación significativa de la Patria en la comunidad internacional, tanto cultural como económicamente, a partir del fin de la segunda guerra mundial. Pero, estos cambios revolucionarios no han sido suficientes para abatir los contrastes históricos de nuestro país. La acumulación de la riqueza,

del poder y del saber ha impedido compartir equitativamente los logros revolucionarios. México sigue hoy siendo lugar de contrastes culturales como lo demuestran los marginados urbanos y las comunidades indígenas, lugar de masas ignorantes y depauperadas, lugar de abusos y corrupciones, lugar de vida digna para unos, de vida inhumana para otros.

## ***TRADITIO VIVA EDUCANDI EN LOS HORIZONTES SOCIOCULTURALES DEL LIBERALISMO Y EL SIGLO DE LAS REVOLUCIONES.***

Grave error sería confundir la tradición viva de educar con la letra de la *Ratio studiorum* de 1599, de su texto reformado en 1832, por más que esos textos sigan constituyendo una de las mayores y mejores objetivaciones del *espíritu educativo* de la Compañía. Tratándose precisamente de un "e s p í r i t u", de uno de los carismas de la Compañía de Jesús, ni la extinción histórica ni el dramatismo del joven país mestizo que aprendía a caminar, objeto de codicia por parte de los Estados Unidos y de las potencias europeas, pudieron extinguirlo. La *dynamis* de la tradición viva siempre encontró, aun en los peores momentos, modos y maneras de comunicar su espíritu a la juventud mexicana.

Ya decíamos que en el último tercio del XIX se fueron reavivando, en medio de estrecheces ante la prepotencia liberal, las instituciones educativas jesuíticas. Colegios en Puebla y Saltillo. Seminarios para la formación sacerdotal en San Luis Potosí, México y San Simón, en Michoacán. El auge del Positivismo influyó en la creciente importancia que se dará a la enseñanza de las ciencias naturales. Al iniciarse el siglo XX, la presencia de los jesuitas dejaba de ser considerada "Misión", para ser erigida como "provincia", dada la afluencia de jóvenes mexicanos que se consagraban al servicio apostólico en la Compañía. Abrieron sus puertas los colegios de Guadalajara y México. El espíritu educativo sacaba de la traditio viva la excelencia en el enseñar, el testimonio personal y comunitario de virtudes y valores de los maestros jesuitas, la puntualidad en el orden y disciplina, el ejercicio de la piedad en el estilo de la Iglesia de contrarreforma, el equilibrio entre ciencias y humanidades, el cultivo del deporte, la celebración periódica de certámenes y premiaciones. Familias de la elite liberal, desafiando críticas, escogieron a los jesuitas como educadores de sus hijos. En el Colegio de San Juan Nepomuceno del Saltillo estudió Don Francisco I. Madero, quien se carteará años más tarde con sus viejos maestros.

La *decena* trágica de 1913 anunció el desencadenamiento de la guerra civil y el caudillismo. Todos los colegios cerraron sus domicilios, aunque algunos continuaron sus servicios en casas particulares. Se iniciaban los años del despojo de inmuebles, de saqueo de bibliotecas y laboratorios, de declaraciones de nulidad para los estudios y grados otorgados por las instituciones jesuíticas. La guerra generalizada a partir de 1939 y la necesidad de maquila por parte de la industria de los Estados Unidos polarizada por la fabricación de armamentos, derivaron la atención del Gobierno y grupos de poder hacia metas de desarrollo económico. Se dio fin a la segunda cristiada y a la educación socialista obligatoria. El Presidente Ávila Camacho favoreció el cambio del Artículo 3º e inició la nueva época de la tolerancia para las escuelas católicas. En esos años de mitad de siglo la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús se lanzó a abrir los colegios de Torreón, Chihuahua y León, y, lo que parecía inaudito por el momento, un Centro Cultural con ambiciones de presencia universitaria, algo más que el Centro Bios que ya atendía a los estudiantes de medicina. La década de los cuarenta quedará como germinal para la obra de los jesuitas mexicanos.

Iniciada la década de los cincuenta el Centro Cultural se transforma en Universidad Iberoamericana, a fines de la misma se inaugura el ITESO de Guadalajara. La década siguiente se presentarán dos graves dificultades a los educadores jesuitas, una se manifestará de lleno con ocasión de las Constituciones y Decretos del Concilio Vaticano II, otra con la apertura del Apostolado Social hecha y urgida en los últimos años del Generalado del P. Juan Bautista Jannsens. Cambios de planteamiento que, viniendo de dentro de la Iglesia y de la propia Compañía, se convertirán en graves crisis. Las aperturas conciliares que marcarán el fin de la Iglesia de la Contrarreforma para dar paso a la Iglesia en el mundo y en diálogo con las culturas, ocasionaron la manifestación agresiva del secularismo como autonomía

absoluta de lo temporal que no puede significar sino humanismo ateo. Simultáneamente, la honda toma de conciencia de las realidades sociales de América Latina, la urgencia de cambios estructurales, el llamamiento de los Padres Generales Janssens y Arrupe al trabajo social, que a partir de Medellín tomará el título de "opción preferencial por los pobres", hizo que el gobierno de la Provincia cerrara los colegios de México y Chihuahua y pusiera en cuestión los restantes así como a la Universidad Iberoamericana. El secularismo engañoso, teológicamente herético, con el cambio de época equivalente a "cambio de horizonte", puso en crisis a muchos jesuitas que, en diversas circunstancias, terminaron por pedir su salida de la Compañía y su dispense del ministerio sacerdotal. El cuestionamiento de la misión educativa por parte de la misión social debilitó las instituciones aún más. Lo sorprendente en verdad fue que, pesado el vendaval, menos jesuitas más convencidos de la valía de su ministerio educativo en íntima colaboración con un mayor número de laicos asimismo persuadidos de lo mismo, llevan a cuevas colegios y universidades con mayor número de alumnos, signo no sólo de la revolución demográfica sino de la aceptación de la sociedad. Una vez más *la traditio viva educandi* había brindado elementos valiosos al espíritu de los educadores jesuitas que buscaron en ella respuestas en momentos difíciles y las encontraron.

En medio de las crisis anotadas, el Secretario de Educación Pública Bravo Ahuja, estimador de la tradición educativa jesuítica, concedió en 1973 la autonomía académica a la Iberoamericana, donde el rector y un grupo de asiduos colaboradores tenían a meno los diseños básicos de la *Reforma Académica*. La puesta en marcha de esta Reforma en programas y currícula va a dar pronto a la Iberoamericana un prestigio creciente. Ahora, por fin, se podía buscar desde la programación y los tiempos de los currícula objetivos tan de la tradición jesuítica como el "humanismo integral", con la primacía de los valores sobre los conocimientos profesionalizantes; se podía pensar en la universidad como lugar de dialogo entre la fe y la cultura; se podía, en fin, desarrollar académicamente el *Ideario* elaborado hacía poco en medio de polémicas entre fe y secularidad.

La década de los setenta terminó con la primera expansión de la Universidad Iberoamericana en la provincia, dada la facultad concedida por el Presidente de la República para abrir en cualquier parte del territorio nacional planteles de educación superior. Poco después, en los ochentas, a requerimientos insistentes de exalumnos y grupos de empresarios, la UIA abrió tres planteles más y se constituyó el Sistema Educativo.

A la pregunta por el influjo social de la educación jesuítica en México, no podríamos responder sino a la luz de los horizontes históricos aquí esbozados. Los últimos cincuenta años, con libertad creciente en los niveles universitarios y condicionamientos severos en los niveles de escuelas media y primaria, podemos afirmar que los egresados de las instituciones educativas de la Compañía se han distinguido en buen número tanto en la administración pública como en la iniciativa privada. Más cerca del presente aumenta el número de exalumnos que han logrado escalar altos puestos públicos y empresariales. No se ha llegado a incidir en reformas estructurales salvo excepciones en áreas limitadas, dada la configuración del poder político mexicano de partido oficial, ideologizado con la permanencia del poder a toda costa, dueño de la mayor parte de las decisiones.

Pienso que hoy por hoy el servicio educativo de los jesuitas mexicanos y su creciente y magnífico grupo de colaboradores laicos, impulsado por un asimismo creciente apoyo de bienhechores, está ante un gran momento histórico, debido tanto a una nueva y pujante toma de conciencia de las potencialidades encerradas en la *traditio viva educandi* sancionada como valiosa por siglos y sociedades a lo largo y a lo ancho del mundo, como por la apertura de nuestro gobierno y nuestro pueblo ante la adveniente cultura ecuménica de intensísima intercomunicación económica y social.

Ciertamente, en los fines de siglo parece que habrá menos sitio para las ideologías y más espacio para los diseños antropológicos y sociológicos valiosos. Los nuestros, sin duda alguna, se encuentran entre ellos. Como muestras podemos citar el documento encargado por el P. Kolvenbach, actual General de la Compañía de Jesús, para conmemorar el cuarto centenario de la *Ratio Studiorum*, titulado *Características de la Educación de la Compañía de Jesús*, 1988; los recientes discursos del Mismo Kolvenbach en Deusto, en Georgetown y en la Iberoamericana de Santa Fe; la redacción de la *Filosofía Educativa*, asumida oficialmente por el Sistema Educativo UIA desde 1985.

La comparación entre los textos de la *Ratio Studiorum* y los aludidos de la última década nos hablan claramente de dos horizontes socio-culturales. En tanto que los ordenamientos de la *Ratio* suponen un horizonte homogéneo de verdades y valores; los textos recientes, marcadamente espirituales, suponen horizontes abiertos donde habrá que insistir más en el qué, pues los cómo dependerán de las circunstancias distintas en regiones y países diversos. En los textos de la *Ratio* se encuentra implícita la espiritualidad ignaciana, en los textos recientes se explicita. La libertad que ofrece el mundo actual urge más la explícita manifestación de objetivos y propósitos. Pero, la profunda comunión entre el pasado y el presente se localiza en la *traditio viva educandi*, entendida y valorada más como espíritu que como letra, espíritu vivificante que se ha ido encarnando en distintas épocas y lugares.<sup>(2)</sup> Quiero subrayar que estamos hablando de la historia de la educación de la Compañía de Jesús, de una rica cadena de sucesos en un lapso de 450 años, no de una ficción o de una lucubración.

---

<sup>(2)</sup> Por vía de ejemplo, pone, a la disposición del lector tres textos actuales descriptivos del *espíritu* educativo jesuítico, uno del *Boston College* de los Estados Unidos, Otro de la *Universidad Javeriana* de Colombia, otro de la *UIA Golfo-Centro*, Puebla. Ver anexo 1.

## CONCLUSIÓN

Quisiera terminar estas reflexiones sobre la historia de la tradición educativa jesuítica, citando las expresiones con las que la *Filosofía Educativa* de nuestro sistema habla de los modos como debe desarrollarse una persona, abrevados en la más genuina espiritualidad ignaciana:

*"Educar* es fomentar, por un proceso social, la actualización por la que el hombre como agente de su propio desarrollo tiende a lograr la más cabal realización de sus potencialidades.

*El hombre* es evidentemente un ser que necesita hacerse así mismo, necesita operar su propia realización.

*La realización del hombre* consiste en el desarrollo de los dinamismos humanos fundamentales.

Una consideración obvia nos dice que los dinamismos fundamentales del hombre son:

- \* la tendencia a *actuar creativamente* superando las condiciones dadas.
- \* la tendencia a *transformar la naturaleza* y ponerla a su servicio.
- \* la tendencia a obrar con *dominio de sus propios actos* de modo que sea responsablemente libre.
- \* la tendencia a *vivir en sociedad* con otros hombres realizando la justicia y ejercitando el amor.
- \* la tendencia a *lograr la armonía* entre los diversos impulsos que en él se agitan.

Estos dinamismos fundamentales son la manifestación más clara de lo que el hombre *es*".

*Filosofía Educativa p. 9.*

Este texto antropológico no cabría en ningún contexto que no fuera el del "Humanismo integral de inspiración cristiana", ya sea por sus alusiones a la totalidad de las capacidades concientes humanas, ya sea por equilibrarlas todas en la autenticidad, en eso que san Ignacio llama en sus Ejercicios "la elección" que el hombre hace de cara a Dios pare lanzarse por el camino de su plenitud. En nuestro texto educativo también encontramos un "ejercitante", al que el educador guiará en la actuación de sus propios ejercicios, esos que lo desarrollan hasta la plenitud humana. San Ignacio, por su parte, guía a sus ejercitantes a la búsqueda y al hallazgo del designio de Dios en sus vidas, que no puede ser otra cosa que a la plenitud humana lograda con el ejercicio de todas las capacidades naturales recibidas del mismo Dios creador.

A la etapa de formación, en la que el educando va conociendo y reconociendo sus propias capacidades y los objetivos humanísticos por conseguir, seguirá la larga y difícil etapa de la vida toda, la etapa que nos prueba y aquilata, donde ejercitaremos lo aprendido en el "humanismo integral cristiano" y pugnaremos por actuar como: "hombres creativos, hombres críticos, hombres libres, hombres solidarios, hombres afectivamente integrados, hombres conscientes de la naturaleza de su actuar". (*Ibídem*) A esta tipología ideal bien la podemos asimilar con el hombre de los *Ejercicios* ignacianos,

que habiendo convalidado su elección en la Sangre de Jesucristo, sale a su entorno social y cultural como "hombre nuevo" a discernir con luces evangélicas y corazón enamorado la historia de este mundo y en ella construye con dolor y llanto no menos que con amor y gozo la ciudad de Dios.

La *Filosofía Educativa* de la UIA es un ejemplo reciente y cercano de los propósitos educativos de la Compañía de Jesús, elaborada con hilos de la *treditio viva educandi* fuente siempre manante de espíritu para todos aquellos que, dejando las redes de pescar, se dejen transformar por el Maestro en pescadores de hombres.

## ANEXOS

### ANEXO 1.1

#### CINCO RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA EDUCACIÓN JESUÍTICA

Planteamiento global.

Robert A. Mitchell, S. J.

1. La característica fundamental de las Instituciones jesuíticas está en la pasión por la calidad. La excelencia se considera importante. Esto no significa que las universidades Jesuíticas nunca hayan tenido programas académicos mediocres; implica en cambio que la institución -sea ésta una escuela de agricultura, de ingeniería, administrativa o de humanidades- ha tenido en cualquier época que se le considere, un buen nivel educativo, respetado por todos aquellos conocedores del área de que se trate.

Las Instituciones jesuíticas corresponden a la afirmación hecha por el Padre General de la Orden, Peter-Hans Kolvenbach: "sólo la excelencia es apostólica". Por eso nuestras escuelas establecen niveles crecientes de excelencia.

2. Una segunda característica de las Universidades Jesuíticas es el estudio de las humanidades independientemente de la especialización que se ofrezca. Estas instituciones pretenden que los alumnos sean capaces de pensar, hablar y escribir correctamente; de saber algo de historia, literatura y arte; de ampliar su mentalidad con el cultivo de la filosofía y la teología, y de saber -algo al menos- de matemáticas y de ciencias en general.

Se quieren alumnos bien preparados para la vida y para el trabajo, poseedores de una educación humanística.

El tipo de educación que sugiero es hoy más importante de lo que nunca antes fue, a pesar de la demanda creciente de técnicos, tan típica de nuestra época.

3. Una tercera característica de la educación Jesuítica ha sido y es la preocupación por las cuestiones éticas y axiológicas, concernientes a la vida personal y profesional de sus graduados. Los valores familiares, la integridad personal y la ética en los negocios siempre han sido cuestiones importantes. En años recientes, sin embargo, esta característica ha cobrado dimensiones apremiantes. Las encíclicas papales, la fuerza de las enseñanzas sociales de los últimos papas así como de nuestros obispos latinoamericanos, han contribuido a que las instituciones Jesuíticas traten de centrar su atención en las grandes preguntas de justicia y equidad que confronta nuestro tiempo: problemas económicos, racismo, desempleo, caciquismo, la carrera armamentista entre las súper potencias, así como la pobreza y la opresión en el Tercer Mundo, por citar sólo unos ejemplos. Cuestiones que no son fáciles y que carecen de respuestas aceptables universalmente. Las instituciones Jesuíticas se sienten hoy comprometidas, por su tradición, a lanzar estas preguntas a sus alumnos, no con Frases huecas o maniobras políticas, sino en la manera propia de la educación superior: a través de la enseñanza, investigación, reflexión a imaginación.

4. Una cuarta característica de la educación Jesuítica es la importancia que ésta otorga a la experiencia religiosa. Y lo logra al máximo -me parece- con sus estudiantes católicos. Sin embargo, especialmente en esta era "ecuménica", trata de abrir este horizonte a todos sus alumnos sean cuales sean sus persuasiones religiosas.

La experiencia religiosa es importante y necesita ser integrada al proceso educativo para que el alumno tenga la oportunidad de crecer tanto en conocimientos como en la fe, así en la creencia como en el aprendizaje.

La fe en Dios no es un obstáculo para el conocimiento. Sin duda alguna la creencia agudiza y centra la inteligencia. La oración y la liturgia no amenazan al conocimiento, por el contrario, ayudan a formar a la "comunidad educativa" en el sentido más pleno de la palabra.

Finalmente, y en relación con lo anterior, se haya otra característica de la educación jesuítica: se centra en la persona. No importa qué tan grande o compleja sea la institución, el individuo cuenta y a él se le debe la mayor atención humanamente posible.

Creo que la razón de esta atención especial al individuo es que en la mayoría de estas instituciones el enseñar o administrar significan mucho más que un trabajo, sin duda alguna más que una profesión: se trata de una vocación. Esto es cierto no sólo para los miembros de órdenes religiosos sino también para todos aquellos laicos -hombres y mujeres- con antecedentes religiosos diversos, que ven en la labor de la enseñanza o de la administración académica una forma de participación en la obra de Dios, un ministerio en el apostolado educativo.

(Con permiso, este ensayo fue extractado de una conferencia dictada por Robert Mitchell, S. J., en la Sociedad de Alumnos del Boston College, en 1988. Impreso en la Revista del Boston College).

## **ANEXO 1.2**

### **Que es Formación Universitaria**

La labor docente emprendida por la Compañía de Jesús, hace más de 450 años, tiene sentido en la medida en que se logre la formación de la persona dentro de una dimensión humana y social.

La pregunta es: ¿Cuál es el enfoque empleado por los jesuitas dentro del proceso educativo y qué es lo que se espera de un profesional egresado de las aulas de nuestra universidad?

De nuestras aulas deben salir profesionales "bien formados"; bien formados para escribir con responsabilidad la página que les tocó llenar.

"Bien formados" no se reduce a un acopio de ciencia que los capacita para acaparar buen dinero y buen status social. "Buena formación" dice mucho más, todo un acopio valoral y actitudinal que los dispone para un compromiso vital con la sociedad, con la Patria.

Es el hombre solidario, comunitario, fraternal, que ha gravado sus haberes, entre ellos su profesión, con una hipoteca social, como decía Juan Pablo II.

El hombre ético que no se doblega ante unos centavos para hacer negocio con pingües ganancias sucias, que no vende una sentencia judicial con dinero del narcotráfico, leal y firme en sus convicciones, no veleta que le señala usufructos pasajeros.

Profesionales que en sus vidas en su profesión o en su quehacer cotidiano, estén o no en alta posición del Estado, testimonian y defienden aquellos valores fundamentales de la vida humana y de nuestra coyuntura histórica: la dignidad de la persona humana, la estabilidad familiar, la justicia para todos y el sincero amor a la Patria, el servicio desinteresado, el respeto a la libertad, austeridad de costumbres, ayuda a los más necesitados, que recuerden más sus deberes ciudadanos que sus derechos.

Profesionales con cierta valentía y audacia; prudente audacia para acometer los cambios necesarios en el ámbito que les corresponde actuar, no necesariamente en alta posición gubernamental, puede ser una empresa pequeña, fábrica u oficina, telar, banco; audacia y valentía para cambiar todo aquello que propicie un orden social más justo y más de acuerdo con la dignidad humana.

Profesionales que no "traguén entero", sino "tan bien formados" que sepan superar con libertad razonable todo aquello que los aliene y les impida el pleno ejercicio de su responsabilidad.

Será buena aquella universidad que de verdad forme profesionales así; detectar éstos con números exactos no es posible, es una corriente vital, benéfica, profunda, de transformación, que poco a poco se irá notando en toda la sociedad, eso es lo importante y esa es la gran esperanza de una buena formación universitaria.

No nos gusta rendirle reverente pleitesía al personaje, es más importante calibrar sinceramente su valor para un puesto de comando. Pocos hay. Decía el gran Pedro Arrupe: "La excelencia en una Institución Educativa se demuestra por la excelencia de las personas que forma". Si todas las Universidades del País se empeñaran en este noble propósito, otros vientos benéficos soplarían en Colombia.

Mario Mejía Llano, S. J.  
Decano Académico de la Facultad de  
Humanidades y Ciencias Sociales.  
Universidad Javeriana, Cali.

### **ANEXO 1.3**

#### ***El espíritu educativo de los Jesuitas***

Una de las descripciones de ese espíritu educativo: primacía del sujeto educando sobre cualquier otro objetivo, significa la prioridad de la formación sobre la información, la preferencia del crecimiento integral de la persona en sus capacidades concientes que lo ayudarán a adueñarse de sus

decisiones y de su conducta en la convivencia comunitaria y social. Se trata de colaborar con las personas para que desaten sus dinamismos conscientes, los ejerciten, los integren y así crecidas las personas se entreguen a la difícil e inacabable tarea de construir la comunidad y mantenerla en la justicia, la libertad y el respeto a los demás.

Ayudar a los jóvenes a ir apropiándose una conciencia diferenciada, esa que no sólo ve y escucha, sino que admira y se conmueve; que no sólo entiende, sino que logra saber por qué entiende; que no sólo juzga sobre sus comprensiones, sino que avanza hasta la experiencia misma de sus ponderaciones y sobre por qué razones y motivos da su asentimiento a lo que afirma como verdad; que no sólo sufre o goza con el atractivo de las realidades en torno, sino que hace pesar sus verdades afirmadas sobre sus deseos e impulsos y elige lo que ha juzgado valioso, por más que no coincida siempre con lo más placentero; que no sólo decide y hace, sino que sabe lo que decide y para qué lo hace; que no sólo busca el amor en la convivencia para beberlo sino que se abre lúcidamente a asumir su papel en la comunidad y se compromete a dar de beber a los demás.

Hablar del crecimiento consciente del educando nos obliga por supuesto a poner sobre los hombros del maestro la grave obligación de testificar ese mismo crecimiento humano integral. Decimos integral por cuanto atiende al conocimiento crítico, a las habilidades desarrolladas, a los valores asumidos. Este testimonio es auténtico cuando el maestro universitario trasciende su especialidad y su saber profesionalizante para buscar las relaciones y cimientos comunes de varias áreas del conocimiento científico y verificable en alguna forma; cuando se esfuerza por comunicar a los jóvenes la verdad plena sobre el hombre, los conocimientos críticos socio-culturales intramundanos y la apertura a la trascendencia de Dios, los planteamientos sobre las posibilidades humanas así como los límites y condicionamientos de la existencia humana histórica, el sentido que a su vida da la muerte del hombre, la relación dialogal permanente entre la razón y la fe, entre el saber y el hacer, entre la libertad y el amor, entre el yo y los otros, entre las opciones fundamentales, el sentido de la vida y todo tipo de mediaciones. La excelencia de la búsqueda alcanzará los mejores resultados en los conocimientos interdisciplinarios, en la autenticidad humana, y capacitará al guía para cumplir su misión pedagógica cada vez mejor.

El espíritu de la educación que pretende la Compañía de Jesús obtendrá resultados en la medida en que sea asumido y vivido por los educadores. Por supuesto que los ha habido insignes, destacados, mediocres y aun descalificados. Pero siempre será importante clarificar, analizar y presentar el espíritu, como condición de posibilidad para sus objetivaciones y encarnaciones concretas en los educadores, quienes inspirarán con él las instituciones, las metodologías científicas y los sistemas pedagógicos de sus propias épocas, culturas y sociedades.

Xavier Cacho Vázquez, S. J.  
Rector de la Universidad Iberoamericana  
Golfo-Centro

## ***BIBLIOGRAFÍA***

Bangert, William S. J. Historia de la Compañía de Jesús. Santander, Sal Terrae, 1981.

Características de la Educación de la Compañía de Jesús. México, Buena Prensa, 1987.

Castiello, Jaime S. J.. Una psicología humanística de la Educación. México, Jus,1947.

Filosofía Educativa. México, UIA,1985.

Kolvenbach, Peter-Hans S. J.. Cinco mensajes universitarios. México, UIA,1991.

Meneses, Ernesto S. J.. El código educativo de la Compañía de Jesús. México, UIA, 1988.

Monumenta Mexicana Societatis Jesu Tomo III (1585-1590). Roma, Institutum Historicum Societatis Jesu, 1968.

Osorio, Ignacio Colegios y profesores Jesuitas que enseñaron latín en Nueva España. (1572-1767). México, UNAM, 1979.

Ratio atque Institutio Studiorum Societatis Jesu. Parisiis. Firmin Didot, MDCCCL.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
TRADITIO VIVA EDUCANDI	2
LA TRADICIÓN VIVA EN NUEVA ESPAÑA	5
MÉXICO INDEPENDIENTE EN NUEVOS HORIZONTES NACIONALES E INTERNACIONALES.	7
TRADITIO VIVA EDUCANDI EN LOS HORIZONTES SOCIOCULTURALES DEL LIBERALISMO Y EL SIGLO DE LAS REVOLUCIONES.	10
CONCLUSIÓN	13
ANEXOS	15
BIBLIOGRAFÍA	19